

MANOJO DE RECUERDOS

La poesía de la profesora

Cecilia Cuellar de Soto

por Javier Tafur González

Este sentido breviarío reúne la valiente escritura de una maestra que va narrando sus vivencias, reflexiones y sentimientos, a manera de un diario. Hay en él profundas reflexiones acerca de la existencia humana, matizadas de la esperanza religiosa, fuente divina de muchos de sus poemas, la exaltación de la mujer, consciente de su propia misión de dadora de vida, de su capacidad de organización familiar, laboral, y es franca y honda, al consultar los impulsos de su ser y de su propio corazón.

Así vemos desfilar versos religiosos, amorosos, fraternales y sociales, producto de su capacidad de observación de la entereza de sus principios, y, todo ello, en armonía con un rotundo amor al terruño, a la patria y al planeta, pleno de gratitud y alegría de enseñar y vivir su historia.

Sus acrósticos, están llenos de afecto, admiración y cariño; sus invocaciones a Dios, pletóricas de fe y esperanza; sus versos cantan a la gente, a las gestas históricas y heroísmos cotidianos, maravillándose del regalo de naturaleza tropical y de sus bellas noches estrelladas. Noblemente acompaña a los suyos en la infaltable despedida en la orilla de la existencia, al paso

incontenible del río del tiempo, y le canta al bello jazmín, y a la hoja seca llevada por el viento.

Una mujer, una maestra abnegada y valiente, da vida a estos versos, como vida dio a sus hijos y a su hogar. Cecilia hizo sus primeros estudios en escuela primaria anexa de niñas, en 1946 y pasó a la Normal de Señoritas Jorge Isaacs, de Roldanillo, donde se graduó en 1951, teniendo 19 años de edad, toda su vida fue al servicio de la docencia: comenzó ese mismo año y terminó en 1997; se desempeñó como maestra de escuela durante 46 años, y entró a uso de buen retiro, cuando tenía 65 años.

Repasando su hoja de vida, recordamos su periplo como maestra principiando por la Escuela Urbana de Mujeres en el Dovio, en el año de 1951; directora de la Escuela Rural Alterna No. 53 Gabriela Mistral, en 1954, justamente cuando era su hermano Luis Antonio Cuéllar, Alcalde de Roldanillo; en 1955 fue nombrada en la seccional de la Escuela Urbana de Niñas San Bosco, en el municipio de Sevilla; para 1956 fue nombrada como docente en la seccional de la Escuela Rural No. 24, de Tierrablanca, corregimiento de Roldanillo; en 1958 paso a la Escuela Jhon F. Kennedy, y luego docente de la Escuela de La Asunción y, finalmente laboró en la Escuela de Niñas Presbítero Gonzalo Patiño. Ciertamente como la recuerdan y exaltan todos en familia "fue durante toda su existencia cumplidora de sus deberes, como madre, esposa, hermana, compañera y siempre fue una persona muy querida por todos. Una educadora que enseñó con el lema de amor y cariño hacia sus alumnos e irradiaba dulzura de amor al prójimo".

De su bondad y sentido social, también se tiene presente que colaboró con las madres vicentinas ayudando a los más necesitados con el mercado de las pulgas y tantas otras actividades que se le encomendaban. Fue la presidente y fundadora de la "Fundación del

anciano San Vicente de Paul", en Roldanillo; se recuerda que donó una banca de madera a la parroquia. Sí, ella fue maestra de primaria, enseñando a los niños en las tareas iniciales que exige la cultura, como leer, escribir, sumar, restar, multiplicar, dividir, la geografía e historia de tal manera que los niños la entendieran y comenzaran su camino, como maestra, llena de entusiasmo, cariñosa, paciente y empática, era al mismo tiempo firme y respetuosa y flexible y comunicativa con los niños.

Sus hermanos, hijos, sobrinos, nietos y bisnietos, la recuerdan con cariño, resaltando sus bellas cualidades y conservan sus poemas y escritos, que hoy componen este libro y que la familia publica con gratitud y orgullo.

Hay reunido, un bello anecdotario en el que siempre sale a relucir su nobleza de corazón, la inteligencia de sus acertados consejos y orientaciones, su inagotable solidaridad, impronta imborrable que hoy sirve de guía a su descendencia, pues como igualmente se la tiene en la memoria familiar "todos cuando hablan de ella, sienten admiración, en todo el sentido de la palabra, considerando una fortuna el haber podido compartir con esa gran mujer".

Fue sensible a los balbuceos infantiles y a las añoranzas de adiós de los mayores, compartiendo sus propios sentimientos, evocando su familia paterna, su propio hogar, y confesando la fe, en la que siempre sustentó su esperanza.

El breviario tiene una escritura sencilla y clara que privilegia el sentido de las palabras, con las cuales nos revela el hondón de sus sentimientos, angustias, ruegos, lamentos y desengaños, siendo clara en el valor de la solidaridad, reivindicando el esfuerzo personal y la defensa permanente de la dignidad de toda persona, y clara, también, en lo inútil de las vanidades, aceptando sus propias

debilidades y contradicciones. Sus confesiones nos la hacen más humana. ¡Qué inventario de preocupaciones espirituales! ¡Qué lucha entre la duda y la esperanza! ¡Qué relampagueo de sílabas cordiales y de frases de luz!

Las secciones del breviario se han distribuido conforme a las indicaciones de la autora en la introducción, pero la correspondiente a las poesías, se ha subdividido temáticamente según su énfasis en cuanto su contenido cotidiano, familiar, amistoso, amoroso, religioso, laboral e infantil. Los suyos son versos llanos y sencillos, que interpretan las impresiones de sus vivencias cotidianas, en busca del sentido y orientación para su vida, en la confrontación permanente de su existencia con su visión de mundo, con valores que constantemente reafirma: Dios, familia, terruño, amor, solidaridad y trabajo.

Como Cecilia, también Olga María Benítez Truque (2021), en su libro "Remembranza de una maestra, madre y sus escritos", nos cuenta aspectos esenciales de su historia, los lugares en donde trabajó, las dificultades propias de su desempeño, riesgos, peligros, privaciones, distancias y su solidaridad. Esta autora exalta la valentía de las maestras rurales, como igual lo hace Cecilia, orgullosa de su vocación de servicio, que le dio a ella plenitud y la satisfacción del deber cumplido, a pesar de que en algunos de sus versos nos relata las penalidades de su oficio, las cuales aumentan la grandeza de su dedicación, pues la educación es una de las más nobles actividades del ser humano e ineludible labor de todas las generaciones que sobre la tierra han existido.

De sus influencias poéticas reconocía especialmente a la poetisa, diplomática, profesora y pedagoga chilena, Gabriela Mistral, premio nobel de literatura de 1945, y a su coterráneo universal, Carlos Villafañe. Con comedido respeto me acerco a estos versos para

colaborar al meritorio empeño de la familia para lograr su publicación y cumplir el deseo de Cecilia, de dejar su legado a las nuevas generaciones como testimonio de su vida y sus reflexiones sobre ella, su mirada del mundo y sus misterios.

Cecilia cuidó de su educación y de su formación profesional, tenía claro el camino de su realización; de ahí su vocación como maestra, y los cantos a las hermosas veredas de El Castillo, Dovio, Cascarillo, Sevilla, Tierra Blanca, a su querido Roldanillo y a los bellos paisajes del norte del Valle, con voluntad y dedicación. Estamos, pues, ante el diario, o como dice la autora, el **breviario de una maestra, madre y poeta**, cuyo legado es un honor para la familia y un aporte a la poesía Vallecaucana, constituyéndose en un ejemplo para las presentes y futuras generaciones. Como poeta, el alma fue su instrumento y ella la supo pulsar con sus sentidas palabras.

Si bien varios versos asumen un carácter penitencial e invocan a la misericordia divina de acuerdo a la profesión propia del catolicismo; en otros, su hondura y comunicación espiritual, nos acerca a la poesía mística, como expresión espontánea de su sensibilidad; todo en un conjunto de remembranzas personales, familiares y laborales, cuyas vivencias nos presentan el periplo meritorio de una mujer que gozó de existir, maravillada cada día de la vida.